

## **Jernigan**

Gracias a Dave Friedman por su pericia informática, a Marjorie Horvitz por el rigor con que ha corregido el texto y a Garth Battista por lograr que todo resultara sencillo.

Gracias a Dolly Fried por la descripción de la supervivencia que ofrecía en *Possum Living*, libro que, lamentablemente, está descatalogado.

Y gracias a todos los que me han enseñado, han creído en mí y me han sacado las castañas del fuego: Sam Seibert, Patrick McKiernan, David Spry, Douglass Paige, J. D. O'Hara, Madeleine Edmonson, Meredith White, Sarah Crichton, Amanda Urban y Gary Fisketjon. Y, sobre todo, a Gene y Helen, a Ann y a Elizabeth. Y a Susan.

UNO

Acabé conduciendo toda la noche. La nevada amainó al cabo de un rato —aunque lo más probable es que hubiera dejado atrás la tormenta— y me limité a ir tirando. Paré a echar gasolina en la salida de la interestatal y entonces cogí la autopista; mientras amanecía, atravesé bosques y campo abierto y pueblecitos desiertos. Campanarios. El primer humano llevaba una chaqueta de cuadros roja y se encorvaba para rascar el hielo del parabrisas mientras, a la luz del primer sol de la mañana, formaba nubes con el aliento. Faltaban dos pueblos. Luego, en el centro del segundo, giré a la izquierda a la altura de la iglesia y seguí derecho durante unos ocho kilómetros. Y hacia las ocho o las nueve llegué por fin ahí donde te desvías para ir al campo de la caravana de Tío Fred, que no es más que un hueco entre las vallas. El sol ya cegaba por entonces: cielo absolutamente azul y nieve a mi alrededor. Cuando apagué el motor, silencio absoluto. Con el coche no podía pasar de ahí: la quitanieves no había llegado hasta el prado de la caravana. Así que me arrimé al arcén tanto como pude y rasqué la puerta del copiloto contra el montón de nieve. Y pensé: «Antes de que vuelva a nevar, más vale que despejes la nieve del camino para poder salir a la carretera. Si no, cuando la

quitanieves vuelva a pasar por aquí, no sé yo...». No vale la pena seguir pensando.

Abrí la portezuela del coche y Dios, qué frío. Quedarían dos dedos de ginebra en la botella, pero luego pensé: «No, guárdatela para cuando hayas encendido la estufa y la caravana esté bien calentita». Me la había bebido toda de camino, solo había dejado esos dos dedos. Iba bebiendo por ir bebiendo. Total: más borracho no acabaría. Ni menos, supongo. En teoría, estar a la intemperie borracho no es una buena idea, es un error muy extendido. Que te mantiene caliente. Ese es el error muy extendido, quiero decir. Esperaba encontrar leña y algún papel para que el fuego empezara a tirar, y algo para prenderlo sin tener que ir haciendo astillas de los troncos. Eso si no habían robado la maldita estufa. Encender la estufa y tragarme otros cinco paracetamoles con lo que me quedaba de ginebra, tío, y dormir el sueño de los justos.

Si Danny hubiera venido conmigo —solo me había faltado pedírselo de rodillas—, él podría haber ido sacando nieve mientras su viejo cargaba la leña y encendía el fuego para que la caravana estuviera calentita cuando él entrara y mientras calentaba una lata de alubias, si es que había alguna. Le habría dejado dormir durante todo el camino y luego se habría quedado despierto para ir avivando el fuego mientras su viejo se echaba un rato. Pero claro, ¿para qué quedarse despierto? Para ensayar un rato con la guitarra, supongo. Podría enchufarla al Rockman para no despertar al viejo. Bueno, vale, perfecto, ¿y al cabo de dos horas? Mejor que no hubiera venido.

La caravana quedaba a casi un kilómetro de la carretera que llevaba al pueblo, en un sendero lleno de surcos. Aunque con esa nieve solo se veía un claro entre los abetos o lo que fuesen. Pinos normales y corrientes, proba-

blemente, pero no podía sacarme a Wallace Stevens de la cabeza:

*Gritos de los pavos reales...*  
*El color de los abetos...*

... o lo que fuera. El poema de los pavos reales y los abetos. Entonces traté de inventarme un chiste: un tipo dice «dame diez pavos», y el otro, «no, que se asustan y gritan»; y el primero dice «¿por qué?», y el otro, «porque les das pavor». Vaya vida interior, tío. A eso se reducía mi mundo ahora. En todo caso, cogí una caja de cerillas que tenía en el salpicadero, me bajé del coche, me cargué la mochila al hombro, logré alcanzar la maleta del asiento de atrás y traté de que pasara entre los dos de delante mientras iba dando golpe-tazos contra el cambio de marchas y el volante. Y pensaba: «Mierda, ¿no habría sido más fácil agacharse y darle a la palanquita para inclinar el asiento del conductor hacia delante?».

Y fui caminando por donde sabía que discurría el camino, hasta las rodillas de maldita nieve. Notaba cómo se me colaba por los zapatos, pero al menos nadie había pasado por allí: la superficie blanca que tenía ante mí se veía completamente lisa, y tan resplandeciente que la sombra que daban los árboles me aliviaba los ojos. En ese preciso instante, deseé —aunque tal vez desear resulte exagerado— que volviera a caer una tormenta de nieve que borrara mi rastro. Y todo estaba tan tranquilo, aquí... A medio camino, entre los abetos (sigo a lo mío y los llamo «abetos»), me detuve, dejé que mi respiración recuperara su ritmo normal y luego, tras exhalar, contuve el aliento y me sumergí en un silencio abismal. Aunque no puedes llegar demasiado abajo antes de tener que tomar aire, claro está, y vuelta a la

mecánica de toda la vida, al uno-dos-uno-dos, inspira-espira-inspira-espira. Así que volví a soltar aire —la nube enorme quedó suspendida durante unos instantes— y me interiné de nuevo en la blancura.

Al final de la pendiente ya no había árboles. Tenía ante mis ojos un campo nevado; en áreas no sé cuánto haría, pero tendría el tamaño de dos campos de fútbol americano. Hace tiempo, en ese terreno alguien cultivó maíz. En ese rincón del mundo solían dejar que las vacas pastaran en las laderas y plantaban maíz en el llano, y todavía hay quien lo hace. Un apunte de cultura popular, por si alguien piensa «Mira el Jernigan este, el jodido, siempre a lo suyo sin enterarse de nada». A mi alrededor, colinas pobladas de árboles de hoja caduca, todos pelados, y de otros de follaje oscuro, los perennes. Recordaba a la perfección el contorno de las colinas. Al otro extremo del campo, casi en el bosque, esperaba la caravana de Tío Fred. El azul se había desvaído, la nieve, que llegaba a la altura de la manija de la puerta, había formado en el techo una joroba blanca, y por una ventana asomaba el codo del tubo de la estufa. La caravana parecía flotar, igual que un trasatlántico en el océano. ¿Mar blanco? ¿Trasatlántico azul? Bueno...

En vez de acortar por el campo y dejarlo todo hecho una mierda, di un rodeo por el linde del bosque. Cuando llegué a la caravana vi que había unos leños apilados bajo el tejadillo de la parte trasera: un tejado de uralita verde apoyado en viguetas de madera. La pila de leños —cortados en cuñas perfectas que las inclemencias del tiempo habían pulido— me llegaba a la cabeza y ocultaba la caravana, aunque la puerta trasera quedaba despejada. Hacía tiempo que había dejado de burlarme de la naturaleza previsora de Tío Fred —mentira, seguía burlándome de él—, pero en ese preciso momento empecé a rezar: «Dios, te ruego que ben-

digas a Tío Fred y te doy las gracias, Dios». A rezar como un crío de cinco años. ¿Una bendición? Venga ya... Imagínate a alguien con ese montón de trastos cargados a la espalda, y otro, y otro más.

Salí del bosque y llegué a la puerta trasera a través del campo nevado. Me quedé debajo del tejadillo, bajo la sombra verduzca, oliendo ese aroma de madera agrio y delicioso. Luego traté de abrir la puerta. La llave no estaba echada, Tío Fred ya lo había imaginado. Entré; como no daba el sol, hacía más frío aún y olía a humedad. Y lo primero que vi fue mi querida estufa metálica, igual que un sacapuntas gigante en posición vertical. El tubo, que seguía montado, atravesaba la chapa de metal galvanizado de la ventana para dar al exterior. Y justo al lado de la estufa, la vieja leñera con unos pocos maderos y ramas rotas y enmarañadas. Y un año entero de dominicales del *Times* apilados. Gracias, Dios. Y las cerillas en el bolsillo de los pantalones. Palpé para asegurarme.